

SARAH J. MAAS



UNA CORTE DE
HIELO Y
ESTRELLAS

SARAH J. MAAS

UNA CORTE DE
HIELO Y ESTRELLAS

TRADUCCIÓN: GASTÓN NAVARRO Y MIRTA ROSENBERG



CAPÍTULO I

Feyre

La primera nieve del invierno había empezado a azotar Velaris una hora antes.

Finalmente, el suelo se había convertido en hielo sólido la semana pasada, y para el momento en que había terminado de devorar mi desayuno de tostada y tocino, que había bajado con una estimulante taza de té, los pálidos adoquines estaban rociados con un polvo fino y blanco.

No tenía idea de dónde estaba Rhys. No estaba en la cama cuando desperté, y el colchón ya se encontraba frío de su lado. Nada inusual, ya que en los últimos días estábamos tan ocupados que terminábamos exhaustos.

Sentada a la larga mesa de madera de cerezo de la casa de la ciudad, fruncí el ceño a la nieve que se arremolinaba detrás de las ventanas con vitral.

Una vez le había temido a esa primera nieve, había vivido aterrada de los largos y duros inviernos.

Pero había sido un invierno largo y brutal el que me había llevado a la profundidad de los bosques, aquel día hace casi dos años. Un largo

invierno brutal, que me había hecho sentir tan desesperada como para matar un lobo, y que finalmente me condujo aquí... a esta vida, a esta... felicidad.

La nieve se acumulaba, densos copos caían silenciosamente sobre el pasto seco del diminuto jardín del frente, cubriendo las puntas y los arcos de la cerca decorativa que estaba más allá.

Dentro de mí, alzándose con cada copo arremolinado, se agitaba un poder brillante y duro. Yo era la alta lady de la Corte Noche, sí, pero también alguien bendecida con los dones de todas las cortes. Parecía que el invierno ahora quería jugar.

Por fin, suficientemente despierta como para estar coherente, bajé el escudo de diamante negro que protegía mi mente y lancé un pensamiento por el puente de alma que se extendía entre Rhys y yo. *¿Adónde saliste volando tan temprano?*

Mi pregunta se desvaneció en la negrura. Una clara señal de que Rhys no se encontraba para nada cerca de Velaris. Probablemente ni siquiera dentro de los límites de la Corte Noche. Algo que no era inusual: había estado visitando a nuestros aliados de guerra durante estos meses para solidificar nuestras relaciones, aumentar el comercio y vigilar sus intenciones de posguerra. Cuando mi propio trabajo lo permitía, yo solía acompañarlo.

Levanté mi plato, bebí el té hasta la última gota y entré sigilosamente a la cocina. Jugar con hielo y nieve podía esperar.

Nuala ya estaba preparando el almuerzo en la mesa de trabajo y no había signos de su gemela, Cerridwen. Le hice una seña para que se fuera cuando intentó tomar mis platos.

—Yo puedo lavarlos —le dije, como saludo.

Con los brazos hundidos hasta los codos, preparando alguna clase de pastel de carne, la inmortal mitad furia me ofreció una sonrisa agradecida y me dejó hacerlo. Era una hembra de pocas palabras, pese a que ninguna de las gemelas podía considerarse tímida. Por cierto, no cuando trabajaban —espiaban— tanto para Rhys como para Azriel.

—Todavía está nevando —observé, mirando a través de la ventana de la cocina hacia el jardín que estaba más allá mientras enjabonaba el plato,

el tenedor y la taza. Elain ya había preparado el jardín para el invierno, cubriendo los arbustos y canteros más delicados con arpillera—. Me pregunto si esta nieve va a amainar en algún momento.

Nuala puso la corteza adornada y cuadriculada sobre el pastel y empezó a juntar los bordes, sus sombríos dedos hacían el trabajo con rapidez y destreza.

—Sería lindo tener un Solsticio blanco —dijo con voz cadenciosa pero suave. Llena de susurros y sombras—. Algunos años, suele ser bastante benigno.

Verdad. El Solsticio de Invierno. En una semana. Todavía era tan nueva como alta lady que no tenía idea de cuál sería mi rol formal. Ni si tendríamos una alta sacerdotisa para officiar alguna odiosa ceremonia, tal como Ianthe lo había hecho el año anterior...

Un año. Dioses, casi un año desde que Rhys había aparecido a cobrar su trato desesperado por alejarme del veneno de la Corte Primavera, para salvarme de mi desesperación. Si hubiera llegado un minuto más tarde, solo la Madre sabía lo que hubiera ocurrido. Dónde estaría yo ahora.

La nieve se arremolinaba en círculos sobre el jardín, enredándose en las fibras marrones de la arpillera que cubría los arbustos.

Mi pareja, que había trabajado tan duro y desinteresadamente, sin ninguna esperanza de que alguna vez yo estaría con él.

Habíamos luchado por ese amor, sangrado por él. Rhys había muerto por él.

Todavía veía ese momento, lo soñaba dormida y lo soñaba despierta. Cómo se había visto su cara, cómo su pecho había dejado de moverse, cómo el lazo entre nosotros se había deshilachado en jirones. Todavía lo sentía, ese hueco en mi pecho donde había estado el lazo, donde *él* había estado. Incluso ahora, que ese lazo que fluía otra vez entre nosotros, como un río de noche salpicada de estrellas, el eco de su desaparición aún permanecía. Me sacaba del sueño, me sacaba de una conversación, de una pintura, de una comida.

Rhys sabía exactamente por qué había noches en las que yo me aferraba más fuerte a él, por qué había momentos en el sol brillante y claro

en los que yo solía aferrar su mano. Lo sabía, porque *yo* sabía por qué sus ojos a veces se volvían distantes, por qué ocasionalmente solo parpadeaba al vernos, como si no lo creyera del todo, y se frotaba el pecho como para aliviar un dolor.

Trabajar había ayudado. A los dos. Mantenernos ocupados, mantenernos concentrados... A veces temía esos tranquilos días de ocio, cuando todos esos pensamientos simplemente me atrapaban. Cuando no había nada más que yo y mi mente y el recuerdo de Rhys que yacía muerto en el suelo rocoso, el rey de Hybern quebrando el cuello de mi padre, todos esos ilyrios incinerados en el cielo, cayendo como cenizas a la tierra.

Tal vez algún día, ni el trabajo serviría de barricada para dejar fuera los recuerdos.

Gracias a la Madre, había mucho trabajo para el futuro inmediato. Reconstruir Velaris tras el ataque de Hybern era solo una de muchas tareas monumentales. Porque también era necesario hacer otras tareas, tanto en Velaris como más allá: en las Montañas Ilyrias, en la Ciudad Tallada, en la vastedad de toda la Corte Noche. Y después estaban las otras cortes de Prythian. Y el nuevo mundo que emergía más allá.

Pero por ahora: Solsticio. La noche más larga del año. Me alejé de la ventana y fui hacia Nuala, que seguía esforzándose con los bordes de su pastel.

—También es una fiesta especial aquí, ¿no es cierto? —le pregunté tranquilamente—. No solo en Invierno y en Día.

Y en Primavera.

—Oh, sí —dijo Nuala, agachándose sobre la mesa de trabajo para examinar su pastel. Espía entrenada por el propio Azriel, y maestra cocinera—. Lo amamos mucho. Es íntimo, cálido, adorable. Regalos y música y comida, a veces banquetes bajo la luz de las estrellas... —Lo opuesto a las enormes y salvajes fiestas que duraban días a las que me había visto sometida el año pasado. Pero... regalos.

Tenía que comprar regalos para todos ellos. No tenía que hacerlo, sino que *quería*. Porque todos mis amigos, ahora mi familia, habían luchado y sangrado y casi habían muerto.

Eliminé la imagen que se abría paso en mi mente: Nesta, agachada sobre un Cassian herido, los dos dispuestos a morir juntos en la lucha contra el rey de Hybern. El cadáver de mi padre detrás de ellos.

Giré el cuello. No nos vendría mal algo para celebrar. Se había vuelto tan raro que todos nos reuniéramos por más de una o dos horas.

Nuala prosiguió:

—Es una época de descanso, también. Y una época para reflexionar sobre la oscuridad... cómo permite que la luz brille.

—¿Hay una ceremonia?

La inmortal mitad furia se encogió de hombros.

—Sí, pero ninguno de nosotros va. Es más bien para aquellos que desean honrar el renacimiento de la luz, se pasan toda la noche sentados en completa oscuridad. —Hizo un amago de sonrisa—. No es una gran novedad para mi hermana y yo. O para el alto lord.

Asentí, tratando de no parecer demasiado aliviada, porque no me arrastrarían a un templo durante horas.

Coloqué mis platos limpios para que se secaran sobre el pequeño escurridor de madera junto al fregadero, le deseé a Nuala suerte en el almuerzo y me dirigí arriba para vestirme. Cerridwen ya había preparado la ropa, pero aún no había signo alguno de la melliza de Nuala cuando me puse el pesado suéter carbón, las apretadas calzas negras y las botas forradas de lana antes de recogerme flojamente el pelo.

Un año atrás me habían puesto refinados vestidos y joyas, me habían hecho desfilar frente a una acicalada corte que me había mirado embozada, como si fuera una yegua premiada.

Aquí... sonreí ante la banda de plata y zafiro sobre mi mano izquierda. El anillo que había ganado para mí misma a la Tejedora del Bosque.

Mi sonrisa se esfumó un poco. También podía verla a ella. Ver a Stryga de pie ante el rey de Hybern, cubierta con la sangre de su presa, mientras él la tomaba de la cabeza con las manos y le partía el cuello. Después la arrojó a sus bestias.

Cerré los dedos en un puño, inhalando por la nariz, exhalando por la boca, hasta que la levedad de mis miembros desapareció, hasta que las paredes de la habitación dejaron de oprimirme.

Hasta que pude revisar la mezcla de objetos personales de la habitación de Rhys... nuestra habitación. No era para nada un dormitorio pequeño, pero últimamente había empezado a parecer... estrecho. El escritorio de palo rosa contra una pared estaba cubierto de papeles y libros de los trabajos de los dos; mis joyas y ropa ahora tenían que dividirse entre este sitio y mi antiguo dormitorio. Y después estaban las armas.

Dagas y espadas, carcaj y arcos. Me rasqué la cabeza ante el pesado cetro de aspecto maligno que de alguna manera Rhys había dejado caer junto al escritorio sin que yo lo advirtiera.

Ni siquiera quería saber. Aunque no tenía dudas de que Cassian tenía algo que ver.

Podíamos, por supuesto, guardarlo todo en el rincón entre los reinos, pero... fruncí el ceño ante mi propio equipo de espadas ilyrias, que se inclinaban contra el encumbrado armario.

Si la nieve nos tenía cercados, tal vez emplearía el día para organizar las cosas. Encontrar lugar para todo. Especialmente para ese cetro.

Sería un desafío, dado que Elain todavía ocupaba un dormitorio en el vestíbulo. Nesta había elegido su hogar al otro lado de la ciudad, y yo había preferido no pensar en eso demasiado tiempo. Lucien, al menos, se había establecido en un elegante departamento río abajo al volver de los campos de batalla. Y la Corte Primavera.

No le había hecho a Lucien ninguna pregunta sobre esa visita... a Tamlin.

Lucien tampoco había explicado el ojo negro y el corte en el labio. Solo nos había preguntado a Rhys y a mí si conocíamos un lugar donde quedarse en Velaris, ya que no quería incomodarnos más quedándose en la casa de la ciudad, y no quería estar aislado en la Casa del Viento.

No había mencionado a Elain, ni su proximidad con ella. Elain no le había pedido que se quedara ni que se fuera. Y si se preocupaba por los magullones de su rostro, por cierto, no lo hacía notar.

Pero Lucien se había quedado, y había encontrado maneras de mantenerse ocupado, yéndose por días o semanas cada vez.

Sin embargo, incluso con Lucien y Nesta viviendo en sus propios departamentos, la casa de la ciudad resultaba un poco pequeña en este momento. Aún más si Mor, Cassian y Azriel se quedaban allí. Y la Casa del Viento era demasiado grande, demasiado formal, estaba demasiado lejos de la ciudad. Linda por una o dos noches, pero... yo amaba esta casa. Era mi hogar. El primero que había tenido verdaderamente en los caminos recorridos.

Y sería lindo celebrar el Solsticio aquí. Con todos ellos, por más que estuviéramos apiñados.

Fruncí el ceño ante la pila de papeles que debía revisar: cartas de otras cortes, sacerdotisas que deseaban designación y reinos tanto humanos como de inmortales. Lo había postergado durante semanas, y finalmente me había puesto esta mañana para ocuparme de ellos.

Alta lady de la Corte Noche, Defensora del Arcoíris y el... Escritorio.

Resoplé, sacudiendo mi trenza por encima del hombro. Tal vez el regalo de Solsticio para mí misma debería ser contratar una secretaria personal. Alguien que leyera y respondiera esas cosas, alguien capaz de separar lo importante de lo que pudiera dejarse de lado. Porque un poco de tiempo extra para mí misma, para Rhys...

Revisé el presupuesto de la corte que Rhys nunca tuvo interés en cumplir y vi qué podía cambiarse de lugar para que hubiera alguna posibilidad de algo así. Por él y por mí.

Sabía que nuestros fondos eran abundantes, sabía que fácilmente podíamos afrontarlo sin hacer mella en nuestra fortuna, pero no me molestaba el trabajo. En realidad, me encantaba el trabajo. Este territorio, su gente... estaban en mi corazón tanto como mi pareja. Hasta ayer, casi todas mis horas de vigilia habían estado dedicadas a ayudarlos. Hasta que me dijeron, con toda cortesía y gracia, «que me fuera a casa a disfrutar el feriado».

Después de la guerra, la gente de Velaris había enfrentado el desafío de reconstruir y ayudar a los suyos. Antes de que se me ocurriera una idea

de *cómo* ayudarlos, se habían creado múltiples sociedades para ayudar a la ciudad. Así que me ofrecí a un puñado de ellas para tareas que oscilaban entre encontrar casas para los desplazados por la destrucción, visitar familias afectadas durante la guerra y ayudar a los que no tenían refugio ni pertenencias listas para el invierno, proveyéndoles nuevos abrigos y suministros.

Todo eso era vital; todo eso era trabajo bueno, satisfactorio. Y, sin embargo, había más. Podía hacer *más* para ayudar. Personalmente. Simplemente, todavía no sabía cómo.

Parecía que no era la única ansiosa por asistir a los que tanto habían perdido. Con el feriado, había llegado una oleada de nuevos voluntarios que atestaban el auditorio público próximo al Palacio de Hilos y Joyas, donde tantas de esas sociedades tenían su cuartel general. «Su ayuda ha sido crucial, milady», me había dicho ayer una matrona de caridad. «Ha venido aquí casi todos los días... se ha deslomado trabajando. Tómese la semana libre. Se lo ha ganado. Célebrela con su pareja».

Traté de objetar, insistiendo en que todavía quedaban abrigos para entregar, más leña para distribuir, pero la inmortal acababa de hacerle un gesto al público que nos rodeaba colmando el auditorio, lleno hasta el borde de voluntarios. «Tenemos tanta ayuda que ni siquiera sabemos qué hacer con ella».

Cuando intenté volver a objetar, ella me hizo salir por la puerta del frente y la cerró a mis espaldas.

Entendido. La historia había sido la misma en todas las demás organizaciones en las que me detuve ayer a la tarde. «Vaya a casa y disfrute del feriado».

Eso hice. Al menos la primera parte. La parte de *disfrutar*, sin embargo...

La respuesta de Rhys a mi anterior pregunta sobre su paradero finalmente titiló en el lazo, trajo un estruendo de poder oscuro y brillante.

Estoy en el campamento de Devlon.

¿Te tomó todo este tiempo responder? Había una larga distancia hasta las Montañas Ilyrias, sí, pero debería haberle llevado minutos contestar.

Un sensual jadeo de risa. *Cassian no paraba de hablar. Ni siquiera para respirar.*

Mi pobre bebé ilyrio. De veras te atormentamos, ¿no es cierto?

La diversión de Rhys navegó hacia mí, acariciando mi ser más íntimo con manos veladas por la noche. Pero se detuvo, desapareciendo tan rápido como había venido. *Cassian se está metiendo con Devlon. Te hablaré más tarde.* Con un adorable roce contra mis sentidos, desapareció.

Ya tendría un informe completo muy pronto, pero por ahora...

Le sonreí a la nieve que valsaba al otro lado de las ventanas.